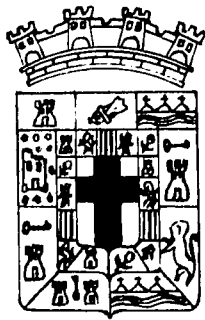


INTERACCION CULTURAL

Juana Gil-Bermejo García



ALMERIA



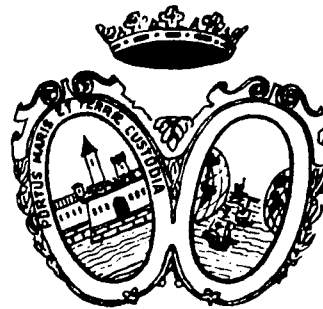
CADIZ



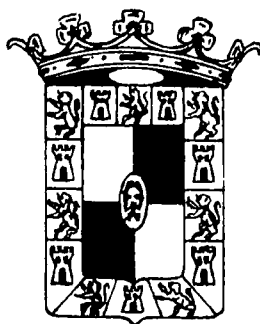
CORDOBA



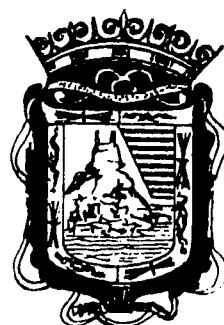
GRANADA



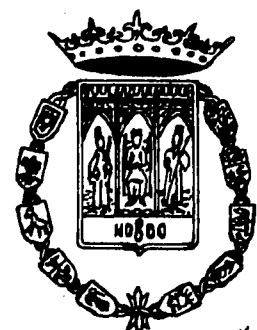
HUELVA



JAEN



MALAGA



SEVILLA

Hubo un momento histórico en el que, a efectos europeos, nació América y ésta, a su vez, tuvo conocimiento de Europa. Hecho singular por el que en ambos continentes se rompieron muchos esquemas culturales produciéndose la confrontación con las ideas existentes. En el caso americano supuso, además, el que se impusiera una cultura totalmente nueva, distinta.

Un impacto mutuo en el que Andalucía se halló situada a la vanguardia, particularmente en los primeros tiempos y, durante siglos, fue el lugar geográfico fundamental para las comunicaciones entre España y América.

Sobre la serie de vinculaciones históricas entre la región andaluza y el Nuevo Mundo contamos con respuestas casi definitivas para determinados aspectos. Por ejemplo, las relaciones con el comercio han sido objeto de diversos estudios, desde el propio tráfico naval al intercambio de mercaderías. A los puertos de Sevilla y Cádiz llegaban, o debían llegar, el oro americano, sus pieles, vacunas, azúcar, gengibre, tabaco y materias tintóreas, etc. De la misma manera de ellos debían partir la totalidad (si excluimos a las Canarias) de las naves que desde España transportaban a las Indias tanto el contingente humano —funcionarios, religiosos o clérigos, emigrantes en general— como toda clase de productos españoles o europeos.

Según los estudios realizados sobre esa clase de relaciones, Andalucía destacó por el número de emigrantes, las exportaciones de sus productos agrícolas. De estos últimos, los más significativos fueron los vinos y aceites, cereales y harinas, aceitunas, frutos secos, etc. Ciertamente con ellos se embarcaban otros productos y manufacturas andaluzas de diversa índole, como por ejemplo las sedas de Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada. A estas últimas, por un contrato de arrendamiento con la Corona, se les concedió monopolio de venta en las Indias en el siglo XVI, cuya duración o consecuencias ignoramos.

De todas formas, el resultado de los estudios sobre el comercio nos produce una imagen, incluso una especie de sensación retrospectiva, en la que el olor de las pipas de vino y botijas de aceite, el sudor de los marineros, los campesinos emigrantes, daba la nota como propia y particular aportación andaluza en el intercambio con Hispanoamérica.

Junto a esa realidad también existió, sin duda, una corriente de comunicación cultural, menos visible y conocida en su conjunto. Naturalmente que Andalucía formaba parte, estaba inserta en el mundo de la cultura española, su delimitación se refiere más a efectos geográficos y humanos, de la actividad de sus habitantes a esos niveles.

Un proceso de interrelación, como es lógico, dinámico y diverso para las distintas provincias. La zona occidental, en particular Sevilla y Cádiz, tuvieron la primacía de esas relaciones, como ocurría con el comercio. Por otra parte hay que tener en cuenta que la entidad humana, social y económica de un centro urbano son factores condicionantes para el desarrollo de la cultura. Sevilla en el siglo XVI se convirtió en la primera ciudad española por el número de sus habitantes; su monopolio comercial con América llevó a contar con la comunidad mercantil y financiera de la península, con una nutrida y rica burguesía, abundante artesano industrial. También contó con instituciones culturales y medios de difusión como la imprenta. Cádiz, con el tiempo, incrementó sus posibilidades de ese orden por razones semejantes. En ambos casos, y en menor grado en otras provincias, como Granada y Córdoba, la situación y los medios determinaron el nivel de sus interrelaciones con Hispanoamérica.

En sentido contrario, el mundo americano proyectó, en principio, su propia naturaleza y de una manera sucesiva según el proceso descubridor y colonizador. Luego la influencia dependía de la entidad humana y cultural de los diversos países. Su efecto más inmediato se tradujo en la admiración producida por su propia existencia, la de sus hombres, animales y plantas, su geografía en suma.

Los hechos y circunstancias apuntados propiciaron el intercambio cultural entre

Andalucía y América, cuya valoración concreta y global desconocemos. La finalidad de estas líneas, comentario, se dirige sólo a plantear el tema bajo el punto de vista de cual puede ser su interés, sobre, si es posible, conocer su balance histórico, delimitar su significación y alcance dentro del más amplio contexto peninsular. Una delimitación enmarcada según distintos periodos y a niveles humanos.

El tema que se cuestiona, cuyas respuestas ignoramos, es tan variado como amplio si bien algunas de sus facetas son más conocidas, como por ejemplo la relacionada con las artes. Los estudiosos de la materia han demostrado la marcada influencia andaluza en las construcciones barrocas americanas; han dicho que la capital de Bolivia, La Paz, es en el aspecto urbano la más andaluza de América. Advierten las semejanzas entre casas que se construyeron en Santiago de Chile con las de Carmona, Ecija, Medinasidonia y Arcos. Comparaciones similares hay para otros países, otras ciudades hispanoamericanas.

En la escultura y pintura la proyección artística andaluza fue amplia y asidua. Bien por la presencia personal de artistas en aquellas tierras, por obras de arte allí llevadas o por la influencia de los estilos. Basta recordar un nombre, por lo importante y conocido, el de Martínez Montañés ¹.

Igualmente amplio y diverso debió ser el trasvase de objetos propios de las artes menores, manufacturas artesanales como en el caso de la cerámica. En Sevilla tenían gran tradición y abolengo las trianeras, de las que sobre el número de talleres y calidades artísticas existen referencias y trabajos monográficos. En la actualidad John Goggin ² se interesa por el estudio de las jarras de aceite andaluzas que invadieron América, sobre todo en los siglos xvi y xvii. De ellas han quedado múltiples muestras por haber sido utilizadas para rellenos de suelos, bóvedas y muros en edificios religiosos y civiles.

Otro tanto podría decirse de la literatura a cuyo efecto influyó mucho la imprenta, medio de difusión del que dispusieron, recién inventado, las ciudades de Sevilla y Granada. En la primera llegó a tener características de industria de exportación y de Sevilla, además, pasó la imprenta al Nuevo Mundo. José Gestoso en sus *Noticias inéditas sobre impresores sevillanos* da referencia sobre buen número de los que ejercieron esa profesión en el siglo xvi y una más reducida nómina para el xvii. Diferencia significativa, sin duda, de una realidad del proceso de la imprenta en Sevilla.

Limitándonos a un solo género literario, el historiográfico en relación con América, se pueden anotar una serie de datos interesantes en cuanto a las obras impresas en Sevilla o de autores andaluces:

En 1511 se imprimió, por J. Cromberger, los diez libros de la primera *Década* de Pedro Mártir de Anglería.

Durante los años 1522 y 1523 fueron publicadas la segunda, tercera y cuarta *Cartas* de Hernán Cortés, únicas conocidas.

En 1535 se terminó la impresión de los 19 libros de la primera parte de la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo.

En las noticias sobre impresores sevillanos de José Gestoso consta que en 1552 el impresor Martín Montes de Oca se comprometía con Pedro Cieza de León, vecino de Sevilla, a imprimirle 1.050 volúmenes de libros de la primera parte de su historia de la tierra del Perú.

Tenemos, pues, que apenas transcurrido medio siglo del descubrimiento de América, ya las prensas sevillanas daban a conocer las primicias sobre el Nuevo Mundo, las más importantes obras de los historiadores y cronistas indianos.

Algunos andaluces desempeñaron el doble papel de participar en descubrimientos y conquistas y dar luego testimonio escrito de sus vivencias. Como recordatorio breve mencionemos a Jiménez de Quesada y Juan de Castellanos para el Reino de Nueva Granada, Alvar Núñez Cabeza de Vaca con sus célebres *Nafragios y Comentarios*, el ya citado Hernán

Cortés. Para el Perú el anónimo sevillano Cristóbal de Mena y a Francisco de Jerez a quien se cuestiona como cronista. Sí se sabe que volvió a su Sevilla natal donde casó y vivió en opulencia.

En la obra *Cultura virreinal* de F. Esteve Barba, de donde proceden buena parte de estas notas, vemos como transcurre el proceso historiográfico en el sentido de la temática, la ubicación y características personales de sus autores. El paso del descubridor y conquistador al religioso o clérigo, la creciente presencia de autores criollos en la historiografía del Nuevo Mundo.

Entre los muchos religiosos que se preocuparon por dejar testimonios escritos sobre los países en que ejercieron su ministerio, sobre las formas de vida y creencia de sus habitantes, también figuran andaluces como el historiador naturalista Bernabé Cobo (natural de Lopera, Jaén) quien muy joven pasó a las Indias en busca del Dorado ingresando luego en la Compañía de Jesús. A la misma Orden perteneció el cordobés Andrés Pérez Rivas quien, destinado a México, misionó los indios de Sinaloa y escribió una obra en que describe sus costumbres.

En Venezuela el franciscano Matías Ruíz Blanco (natural de Estepa) se ocupó, en un breve tratado, *Conversión del Piritu* de anotar referencias sobre el país, de tipo etnográfico, historia de la conquista espiritual. Ya en el siglo XVIII el cordobés Antonio Caulín escribió una *Historia de la Nueva Andalucía*; el dominico ecijano Francisco Jiménez dejó testimonio sobre Guatemala y Chiapas.

Andalucía sirvió de refugio, en la última etapa de sus vidas, a dos mestizos peruanos historiadores: El clérigo Blas de Valera cuyos escritos se conservan, en parte, porque sirvieron de documentación al inca Garcilaso de la Vega. Este, tras unos años de actividad militar en Italia y las Alpujarras, se retiró a Córdoba donde escribió sus *Comentarios reales*.

Ciencias y técnicas

Hay una parcela de la cultura que, al menos aparentemente y en su conjunto, permanece más ignorada. Lo ocurrido en el terreno de las ciencias, de los conocimientos técnicos en diversos grados, en múltiples facetas. Actividades en las que, posiblemente, salvo para muy destacadas figuras, la capacidad, el esfuerzo, la aportación de muchos andaluces permanece en el anonimato. Ciertamente que ello ha ocurrido con la ciencia española, cuya realidad y estima ha sido objeto de amplia y larga polémica histórica. Polémica que incluye la influencia negativa que para el desarrollo científico tuvieron ciertos condicionamientos ideológicos.

Es incuestionable que el descubrimiento y colonización americana constituyó un gran impulso, fue casi un reto para el mundo de las ciencias y las artes o técnicas. A estos efectos cabe insistir sobre que ese impacto afectó, de una manera primaria, a Andalucía, cuya respuesta tuvo lugar a través de instituciones o de manera individual.

No todas las ramas científicas, por diversos motivos, alcanzaron el mismo desarrollo y, en términos generales, hubo hasta bien entrado el siglo XVII más tendencia a lo práctico que a lo especulativo o teórico, como en el caso de las matemáticas. Estas fueron una buena parte auxiliares de la geografía por exigir la navegación de altura exactitud en la determinación de las coordenadas geográficas, perfección en los instrumentos de medidas. Por otra parte, una eficaz administración pública o privada, y adecuada estructura de contabilidad, impulsaba el desarrollo del cálculo mercantil, conocimiento de la reducción de monedas, pesos y medidas. Esa finalidad tuvo la obra, varias veces impresa en Sevilla, en la primera mitad del siglo XVI, llamada *Tratado subtilissimo de Arismetica y de Geometria* cuyo autor, el dominico Juan de Ortega, se proponía con ella ilustrar contra los múltiples fraudes que se daban en el

mundo de las cuentas. Se dio la circunstancia de que el primer libro de matemáticas impreso en América (México) fue un sumario compendioso de Juan Díaz Freile, compañero de Cortés.

La necesidad de resolver los problemas náuticos y geográficos que planteó el hallazgo del Nuevo Mundo, con sucesivas novedades territoriales, mantener las comunicaciones, obligó a que se desarrollaran ciertas áreas científicas y técnicas. Es bien conocido como la Casa de la Contratación de Sevilla, fundada en 1503, se convirtió en un importante centro docente de ciencia aplicada con esos fines. Al frente de esta parcela de sus actividades hubo hombres sabios y expertos como los pilotos mayores y cosmógrafos que perfeccionaron las cartas de navegación, los instrumentos, controlaban la preparación de los marinos que habían de pilotar las naves que viajaban a las Indias. No es posible en esta breve reseña positiva particularizar la serie de importantes actividades de la Casa de la Contratación en ese orden, su repercusión científica. Digamos sólo que el primer texto de náutica publicado en España fue la *Suma de geographia* del sevillano Martínez de Enciso (1519) quien participó personalmente en los comienzos de exploración de la América central. Fueron bastantes las obras publicadas sobre el arte de navegar relacionadas más o menos directamente con los trabajos realizados en este centro. Citemos sólo el nombre de dos autores: Pedro de Medina, Francisco de Falero.

La práctica y aspiraciones individuales fomentaba la preparación de muchos andaluces. En 1596 Martín Pradillo, piloto examinado y natural de Ayamonte y vecino de Triana, para conseguir el puesto de cosmógrafo en la Casa de la Contratación, demostró que confeccionaba cartas e instrumentos para navegar, ser entendido en matemáticas. A mediados del XVII Juan de Herrera Aguilar, vecino de Sevilla y también aspirante a cosmógrafo, expuso que llevaba más de 20 años fabricando instrumentos como agujas de marear, compases, astrolabios con aprobación de todos los pilotos; así mismo, cartas descriptivas para la navegación a las Indias occidentales. Su hijo, Marco Antonio Herrera, también era hábil en ese arte o técnica. Dos ejemplos de unas circunstancias que ampliamente da a conocer J. Pulido Rubio en *El piloto mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla*. Al margen de ella se daban casos como el de Manuel Pérez Ballesteros que fue denunciado (1577) por vender astrolabios sin sellar.

En 1681 se fundó el colegio de San Telmo que recogía niños huérfanos que quisieran dedicarse a la marinería. Contaba con cátedras de matemáticas, dibujo, geometría, idiomas, artillería y náutica. La formación teórica se complementaba con prácticas marineras, bien en naves que rendían viajes al puerto sevillano o navegando a las Indias. En 1777 había 70 alumnos en las flotas y 47 navíos mercantes. Se les llamaba «pilotillos».

Los mejores tenían posibilidad de continuar sus estudios hasta llegar a ser pilotos, artilleros, constructores de buques. La razón de este centro era suplir la escasez de personal de la marina española, de pilotos y técnicos tan necesarios para la navegación americana. Su espíritu docente respondía al movimiento innovador de la época en el ámbito científico.

El descubrimiento de América puso de manifiesto el interés y el valor de las aplicaciones técnicas impulsado el afán de hallar medios o procedimientos, ingenios y máquinas útiles para diversas actividades como la navegación, artillería y la metalurgia entre otras. El cosmógrafo sevillano Pedro Mexía desempeñó un importante papel como divulgador de cuestiones técnicas en su *Silva de varia lección*, obra de gran éxito no sólo en España y América, sino en la Europa del siglo XVI.

Basados en conocimientos científicos o en prácticas empíricas, proliferaron los proyectos e inventos de esa índole con distintos resultados. Los documentos del Archivo General de Indias contienen múltiples referencias sobre licencias otorgadas por la Corona para explotar en Hispanoamérica diversos ingenios con los que sacar perlas, molinos para triturar metales o

granos, aparatos para lavar tierras sacadas de las minas de oro, para levantar pesos, tomar la altura del polo, en cualquier lugar y hora del día, orientándose por el sol, etc. Entre ellos se encuentra la concedida en 1578, y durante 15 años, a Bartolomé Galves, vecino de La Rambla (Córdoba) para su ingenio de sacar aguas de pozos, achicarlas en las minas y navíos³.

En el campo de la minería lo más brillante y tempranos resultados, consecuencia de constantes ensayos empíricos, los obtuvieron dos mineros andaluces: Bartolomé de Medina, en México, y Alvaro Alonso Barba, en Perú, con sus sistemas llamados de «beneficio de patio» y por «cazo o cocimiento», es decir, la amalgama de los minerales argentíferos, en amplia escala, en frío o caliente. Alonso Barba concretó sus conocimientos en la obra *El arte de los metales* que obtuvo gran difusión y fue traducida a varios idiomas. La labor de estos célebres mineros tuvo toda la significación e importancia propia de la materia, la explotación de la riqueza minera americana que atrajo a hombres de toda condición social. Alonso Barba era clérigo y alternó sus deberes eclesiásticos en Perú con la exploración de yacimientos y ensayos minerales. Algo parecido le ocurrió a Fernando Montesinos (natural de Osuna), que pasó al Perú en el siglo XVIII y fue cura de Potosí, de quien se dice que le interesó más el tema minero que la cura de almas. Escribió dos tratados: *Directorio del beneficiario de metales y arte de ellos*, y *Conservación del azogue que se pierde sobreaguado entre lamas y relaves*. En esta materia es necesario mencionar la presencia en América del científico sevillano Antonio de Ulloa que dio a conocer el platino en Europa, fue superintendente general de Huancaavelica de cuyas minas de azogue hizo estudios dando informes sobre ellas y su explotación. Su personalidad científica era muy conocida en Europa y por ello recibido en varias de sus academias.

Gran amplitud y significación relativa tuvieron la medicina y ciencias naturales, estrechamente vinculadas entre quienes las ejercieron. Sevilla, por su relación con América fue un lugar privilegiado para los jardines botánicos, de los que hubo varios en el siglo XVI, donde se cultivaban plantas americanas con finalidades netamente científicas, por motivos utilitarios, por simple curiosidad cultural.

El más importante fue el de Simon Tovar, un destacado médico que también cultivó otras áreas científicas y fue autor de una obra titulada *Nuevo método para el examen de la composición de los medicamentos* relacionado con el uso interno de medicametos químicos. También escribió un tratado sobre la ballestilla. Su jardín, organizado científicamente, le permitía a Tovar confeccionar catálogos anuales de las plantas, los cuales hacía llegar a sus corresponsales europeos.

Otro médico, el célebre Monardes, cultivó plantas en el jardín de su casa con fines utilitarios, para su aplicación en la medicina. Su obra más importante fue, precisamente, la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales* a la que dedicó varios años. En ella describe la historia natural de las plantas, sus diversas partes —raíces aéreas—, lugar de procedencia, formas de cultivo, etc. Describió plantas americanas como el tabaco, los bálsamos de Tolu y Perú; hizo familiar en Europa plantas del Nuevo Mundo con valor medicinal o dietético como el maíz, la batata, jalapa y guayacan entre otras. Las obras de Monardes tuvieron gran difusión, traducidas a varios idiomas, incluso ganó dinero con ellas, cosa muy poco frecuente en aquella época. Fue el primero que escribió una monografía sobre el hierro *Dialogo del hierro*, también traducida a varios idiomas. Un tema que, a esos niveles, monográficamente, no fue tratado hasta el siglo XVIII.

Otro médico de cuya biografía se conoce muy poco, el doctor Juan de Castañeda, que ejercía su profesión en el hospital de los flamencos de Sevilla, también tuvo jardín botánico donde cultivaba plantas llegadas de América. Jardín del que se refiere fue inundado en 1604 en una de las arriadas o desbordes del Guadalquivir.

El licenciado Zamorano, cosmógrafo de la Casa de la Contratación, fue un aficionado a las ciencias naturales y en su casa tenía una especie de museo y jardín botánico. Los motivos, en este caso, eran de simple curiosidad científica, de un coleccionista que, dado su cargo, conseguía que los pilotos y maestros le trajeran cosas del Nuevo Mundo.

Algo semejante, en cuanto a curiosidad, ocurría con Gonzalo Santiago de Molina (Argote de Molina) bibliófilo y militar que coleccionaba plantas, animales, piedras, etc. En su museo tenía un armadillo (mamífero desdentado de América del sur) que sirvió a Monardes para hacer el grabado del mismo.

Jardines y museos a diverso nivel, creados con distinta finalidad, pero que reflejan el impacto de América en Sevilla y cuyo eco científico tuvo gran amplitud. Sus dueños y cultivadores impulsaron la divulgación, el conocimiento de las cosas naturales del Nuevo Mundo en Europa. Tovar, Castañeda, Monardes, Zamorano, mantenían relaciones o correspondencia con científicos europeos. De manera breve o temporal los jardines del Alcázar fueron utilizados para la cría o sostenimiento de plantas americanas cuyo destino era Madrid pero, según la época de llegada a Sevilla, debían plantarse en ellos hasta que hubiera oportunidad para su traslado, o como fase de aclimatación,

Al parecer, este auge de los jardines botánicos sevillanos, el cultivo y estudios de las plantas decayó en el siglo XVII. En las disertaciones de la Regia Sociedad de Medicina de Sevilla (siglo XVIII) las referencias sobre la materia se remontan a los estudiosos del siglo XVI como Monardes. En las ordenanzas de esta sociedad se dan normas para el estudio de la botánica y que debía tener un jardín, pero esto último fue una empresa que fracasó por falta de medios económicos.

En tiempos de Carlos III se aconsejaba que en el colegio de San Telmo hubiera maestro de botánica con el fin de que los futuros pilotos aprendieran a herborizar y lo practicasen cuando fueran a las Indias.

En el siglo XVIII las ciencias naturales, en relación con América, dependieron de dos factores o circunstancias. Una de ellas del estudio y descripciones realizados por los religiosos o misioneros de los lugares o pueblos donde ejercían su ministerio. Otra, de más alto nivel, como resultado de expediciones científicas. En este sentido ocupa un lugar muy destacado el gaditano Celestino Mutis, quien alternó sus estudios de filosofía y medicina entre su ciudad natal y Sevilla. En Madrid fue médico del Tribunal de Real Protomedicato y allí se interesó también por las ciencias exactas, la química, la astronomía, la botánica.

En 1760 pasó a Nueva Granada como médico del virrey y, a los pocos años, propuso al monarca español una expedición científica con el argumento de su poco gasto por estar en allí, propuesta que fue aceptada. Su labor, sus estudios botánicos le dieron gran renombre, mantuvo correspondencia sobre la materia, intercambiando plantas, con sus colegas españoles y extranjeros, particularmente con Linneo. Durante 25 años estuvo trabajando en su obra *La flora de Nueva Granada*, cuyo texto ha desaparecido pero de ella quedan, en el jardín botánico de Madrid, más de 6.500 láminas.

No sólo se limitó, fue introductor de la enseñanza matemática y filosofía newtoniana en el colegio del Rosario de Santa Fe; a su dedicación a la astronomía se debe el que se creara el Observatorio de Santa Fe que fue inaugurado en 1803. El ilustre sabio gaditano ejerció un auténtico patriarcado cultural en Colombia donde se le considera hoy figura nacional.

Los naturalistas y médicos andaluces no fueron ajenos al mundo americano. Bartolomé Hidalgo, destacado médico de Sevilla, cirujano del hospital del Cardenal, formó un discípulo, Pedro López de León, que pasó a América y allí fue llamado «gran cirujano de las Indias». Publicó una obra titulada *Práctica y teoría* (1628) que alcanzó numerosas ediciones. El cordobés Enrique Vaca de Alfaro también ejerció allí la medicina en la primera mitad del siglo XVIII.

En 1750 se fundó en Cádiz el Real Colegio de Cirujía en cuyas aulas se formaron muchos de los cirujanos que pasaron a las Indias.

Finalicemos esta breve reseña con la ya mencionada Regia Sociedad de Medicina, creada en Sevilla a fines del siglo XVII, que tuvo como precedente la llamada Veneranda Tertulia Hispalense. Como el colegio de San Telmo, constituyó una muestra de la corriente llamada de los «novatores» frente al inmovilismo de las enseñanzas universitarias. Fue la primera sociedad médica de España y Marañón la llamó «milagro de Sevilla».

También en esta sociedad, en su devenir, estuvo presente América por razones económicas y a niveles humanos. En sus comienzos se mantenía de las aportaciones de los propios socios, pero luego Felipe V le concedió una ayuda económica, licencias de navíos que traficaban con las Indias. Una de 300 toneladas por primera vez (1730) y luego 100 toneladas cada año con el fin de ayudar a la construcción del edificio sede, gastos para la biblioteca y algunos sueldos. Como en otros casos, esta ayuda podía ser de poca efectividad, incluso implicó riesgos para la Regia Sociedad. Fue efectiva la negociación de las primeras 300 toneladas (valieron unos 9.000 pesos) y dos o tres de la licencia de 100 en los años siguientes. Pero en suma, este ingreso fracasó y creó problemas.

Por sus ordenanzas, renovadas en 1736 y luego en 1784, la sociedad admitía entre sus socios de número a 12 médicos, cuatro cirujanos y cuatro boticarios, el resto eran socios supernumerarios o de erudición. Según la obra de Antonio Hermosilla, *Cien años de medicina sevillana*, en el transcurso del siglo XVIII ingresaron en la Sociedad más de 500 socios de las diversas categorías y, de ellos, algo más del 47 por 100 eran andaluces. A ella pertenecieron destacadas personalidades españolas y extranjeras. También contó con algunos socios americanos⁴.

Los múltiples estudios realizados sobre la historia del pensamiento, la literatura, artes, ciencias y técnicas españolas incluyen en su mayoría, y de manera necesaria, la presencia de América como parte integrante de su proceso histórico. Iniciada con el descubrimiento, la interacción cultural ha sido un fenómeno permanente.

A nivel regional, en este caso el andaluz, las breves y someras notas aquí expuestas, procedentes de esos estudios, sólo significan un apoyo a unas interrogantes sobre el interés, la posibilidad de un mejor conocimiento, en particular en el ámbito científico y técnico. Creemos que merece la pena que los historiadores intenten —en el contexto de Andalucía y América— valorar el alcance, los límites de la aportación de los andaluces en ese sentido. Tarea árdua, sin duda, si se trata de llegar a algo más que la reseña de destacadas figuras. Un intento de valorar las respuesta andaluza a la influencia americana bien con su presencia personal en el Nuevo Mundo o como receptores, en la propia Andalucía. Saber cuanto significó para ellos desde el nacimiento de América y luego durante siglos, a nivel social, como individuos.

NOTAS

1. Tuvo relaciones artísticas y de otro orden. En 1637 sostuvo un pleito (que ganó) con un maestro de navíos por el recibo de cuatro arrobas de chocolate fino de Oaxaca que le enviaba, desde México, Juan Bautista de la Plata. El envío se efectuó a cuenta de unos gastos y por el interés que Martínez Montañés debía tomarse en que se resolvería la obtención de unos documentos sobre probanza personal de Juan Bautista de la Plata.
2. Revista de *Casas Reales*, n.º 10. Santo Domingo, 1979.
3. A. G. I. Indiferente General, 426. Libro 25.
4. De La Habana: Felipe de Acosta, natural y vecino de La Habana, cirujano (1737). Diego Valdés, cirujano, (1737). José de Arango y Barrios, médico (1739). José Melquiades de Aparicio, médico catedrático de la Universidad de La Habana (1752). De México: Félix Agüero, jurisconsultor, oidor de la Audiencia de México, socio honorario (1701). Manuel Marín de Morales, boticario (1732). Antonio Méndez Pinto, boticario (1732). José Carlos de Rauxit, boticario (1732). Francisco de Rosal y Ríos, boticario (1732). Andrés José Herrera, boticario (1745). Antonio María de Zárate, boticario de Veracruz, socio honorario (1776).



Escudo de la Regia Sociedad de medicina de Sevilla.

S E G V N D A

PARTE DEL LIBRO, DE
las cosas que se traen de nuestras Indias Occiden-
tales, que siruē al vso de medicina. Do se trata del
Tabaco, y dela Sassafras, y del Carlo sancto , y de
otras muchas Yeruas y Plantas, Simientes y Lico-
res, que nueuamente han venido de aquellas
partes, de grandes virtudes, y ma-
rauillosos effectos.

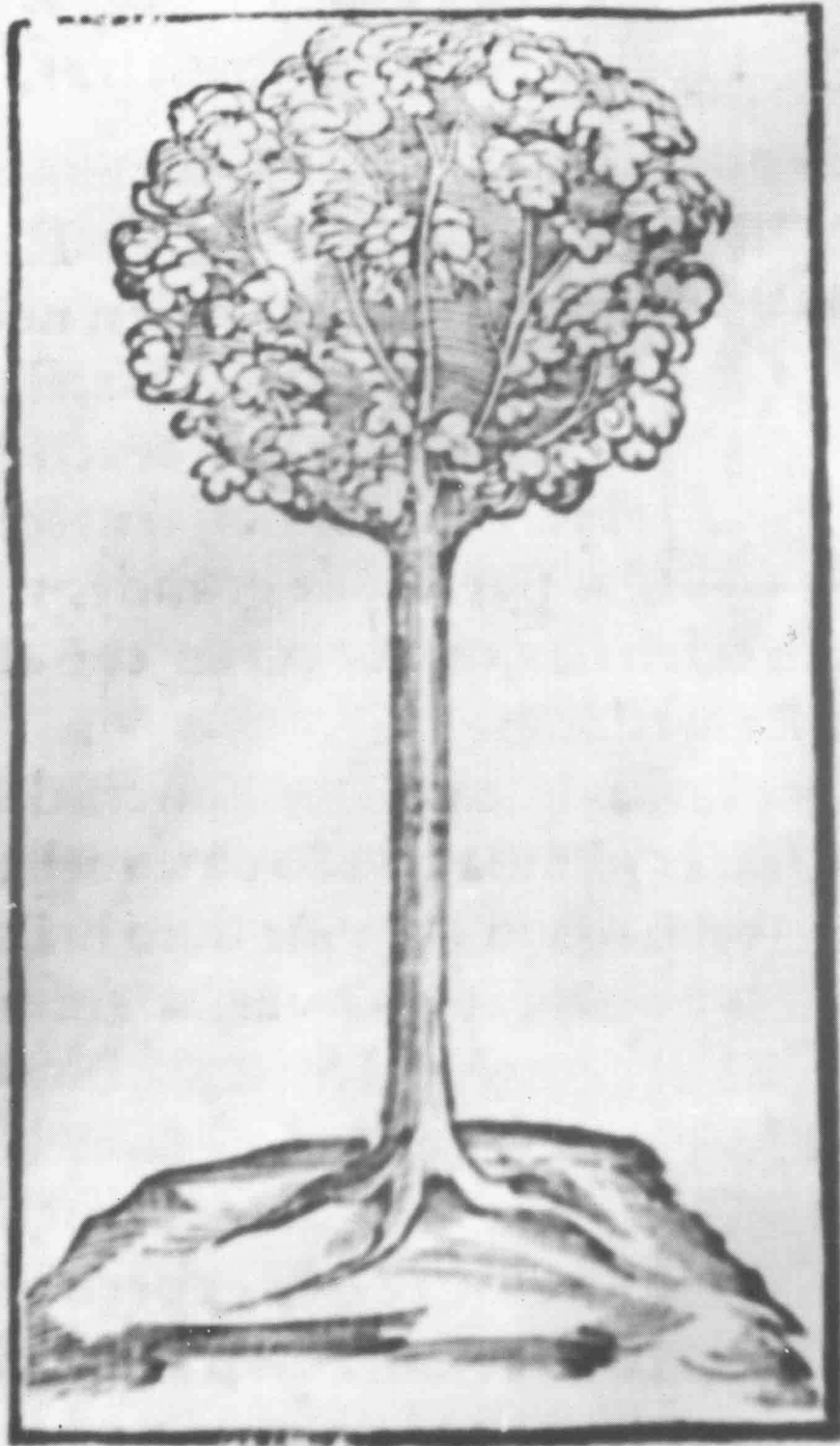
¶ Hecho por el Doctor Monardes Medico de Seuilla.

ELTA

BAC O.



EL SASSAFRAS.



1228-112

HISTORIA MEDICINAL

de

las cosas que se traen de nuestras Indias
Occidentales, que sirven en medicina;
tratado de la piedra Bezaar, y de la
yerva Escuerçonera: dialogo de
las virtudes medicinales del
Hierro: tratado de la
nieve y del beber frio

por

el doctor Nicolas Monardes medico

EN SEVILLA

EN CASA DE ALONSO

Escrivano Impresor en
la calle de la Sierpe

1574

ESCUELA DE
HISTORIA DE LA MEDICINA
1110